IDEAS Y FIGURAS

REVISTA SEMANAL DE CRÍTICA Y ARTE

OFICINAS: VICTORIA, 1287 — ALBERTO GHIRALDO, DIRECTOR

Año V ° BUENOS AIRES, NOVIEMBRE 21 DE 1913 ° Número 100

Pero alguien desbarató la fiesta . . .

Drama en un acto

PERSONAJES:

La Duquesa - - - - - - - - -
La Cortesana - - - - - - - -
El Obispo - - - - - - - - - -
El Diputado - - - - - - - - -
El Financista - - - - - - - -
El Político - - - - - - - - -
El General - - - - - - - - -
El Campesino - - - - - - - -
El Obrero - - - - - - - - -
El Desconocido - - - - - - -

Autor: LUIS MARSOLLEAU.

Traductor: FLORENCIO SÁNCHEZ.

CeDInCI

CLAUSURA DE "LA PROTESTA"

El personal del diario bajo la ley social

Nuevamente ha sido clausurado este diario cuya arraigada vitalidad no pudo ser extinguida ni en los días de más dura represión.

El periodista Antilli, lo mismo que el administrador Barrera y los demás que cayeron, por el solo hecho de encontrarse en el local de *La Protesta* en el momento del asalto legal, no han de extrañar—aguerridos y templados por la aspereza de la lucha cuotidiana, como deben estarlo,—este desmán torpe de los representantes de la plutocracia argentina, enemiga juramentada, más que ninguna otra plutocracia, del pensamiento libre y varonil. Por otra parte este hecho ultrajante, con relación a la civilización espiritual, de abatir de un solo golpe lo mismo a un diario que a un hombre, como en el caso de De Diego, que no comulgan en la fe oficial—fe de mercaderes enriquecidos y de *parvenus* con título doctoral—es bien digno de los «bandoleros del sud» encaramados en las poltronas del poder...

Es, en cambio, a nosotros, a la opinión consciente, a los intelectuales que rinden culto a la libertad, a los demócratas que no se avienen con la tutela deprimente ejercida sobre sus ideales por una turba de aventureros políticos y de matones policiales y a los trabajadores a quienes incumbe el deber de protestar contra este enorme atentado a las libertades elementales, fundamentos del progreso y de oponerse con toda la energía que demandan las circunstancias a su consumación legal en los tribunales.

IDEAS Y FIGURAS, haciendo honor a su tradición y a la causa de la libertad humana, cumple, pues, con este deber, solidarizándose con las nuevas víctimas de la represión y exhortando a los trabajadores a que a toda costa defiendan la libertad de prensa y de opinión que se pretende arrebatarles.

¡*La Protesta* debe seguir llevando cuotidianamente la luz de sus ideales a todos los hogares proletarios!

—

Nota.—El comité de *La Protesta* pide a los corresponsales y suscriptores, que por causa del secuestro de libros y demás efectos, no hayan recibido comunicación, que tomen nota por IDEAS Y FIGURAS de lo ocurrido y, más, que esten seguros de que el diario reaparecerá.

—

El proceso a que nos referimos ha sido iniciado ante el juzgado del crimen a cargo del doctor Juan R. Serú y el doctor Vicente Martínez Cuitiño ha aceptado el nombramiento de defensor de los periodistas acusados.

No dudamos que Martínez Cuitiño realizará una defensa digna de su mentalidad y del asunto en litigio: la libertad de pensamiento ultrajada una vez más entre nosotros por autoridades que obran en la sombra atacando los derechos más inviolables, al amparo de esa ley inicua denominada cínicamente de *defensa social*...

Crónicas Argentinas

Opiniones

Crónicas Argentinas.—Es otro libro del valiente escritor, donde se leen muchas verdades amargas. Como ha observado ya un articulista, Ghiraldo, al revés de lo que hacen los extranjeros que vienen a narrarnos nuestras bellezas con excesivo adobo, cuenta o expone nuestros errores y nuestras miserias, pegando en las llagas con energía, como el cirujano aferrado en arrancar de raíz tanto mal.

Por eso es que sus libros producen, más que cosquilleos, dolor; pero no a los que sin profesar ningún credo piensan con cordura, sino a los que simulando cuanto hay por simular, comprenden, aunque sonrían, hipócritamente, que el azote descomunal va para ellos.

¿Quién que lea «Crónicas Argentinas» va a desmentir un renglón siquiera? Nadie, porque todo es verdad; verdad sangrienta, si se quiere, pero al fin verdad; verdad que irrita las obtusas frentes de los burgueses ventrudos o del clericalismo parásito o de los gobiernos tiránicos y abusivos.

Cierto que Ghiraldo profesa ideales avanzados. Por eso mismo dice lo malo que vé, anheloso de lo bueno que siente, y por eso, también, sufre las consecuencias de su valentía: es acosado en todo terreno por la inquina más acerba.

No hay que suponer siquiera, que «Crónicas Argentinas» está escrito con pasión doctrinaria; está escrito con altura y en sus páginas se evocan hechos con serenidad y se juzgan aciones con gran criterio.

Será siempre, si se quiere, el libro de un revolucionario que piensa y siente con nobleza; libro así, mejor que el de un vencido que insulta sin concretar.

«Crónicas Argentinas» debe ser leído sin prejuicio de ninguna clase por los que se afanan en conocer lo malo de nuestra grandeza nacional, no para que se desmoralicen, sinó para que resten un poco de vanidad a los innumerables halagos que recibimos. Ghiraldo, por su parte, debe proseguir dando en las lacras, ya que sobran quienes las revisten de oropeles.

(*El Nacional*, de Dolores).

AÑO V — Buenos Aires, Noviembre 21 de 1913 — Núm. 100

IDEAS Y FIGURAS

OFICINAS: VICTORIA, 1287 — REVISTA SEMANAL DE CRÍTICA Y ARTE — ALBERTO GHIRALDO, DIRECTOR

PERO ALGUIEN DESBARATÓ LA FIESTA...

Drama en un acto

(Un hall techado de vidrio, invernáculo y jardín de invierno.—En el fondo, pared con lujosos cuadros y una puerta a través de cuyos vidrios se ve la noche estrellada y de luna.—En medio del palco escénico una gran mesa parecida a la de la «Cena», cargada de copas, jarras y flores.—Aquí y allá recipientes con hielo.—Profusión de lámparas y arañas luminosas.—Luz intensa.—Los comensales en diversas posturas son: el Financista, que ocupa el asiento del centro, a su derecha la Cortesana, el Político y el Juez; a su izquierda la Duquesa, el General y el Obispo.—Es la hora de los brindis, de los abandonos, de los cinismos.—En el momento de levantarse el telón debe oirse un clamoreo de voces.—El Financista, de pie, continuando su discurso).

ESCENA I

EL FINANCISTA.—EL JUEZ.—EL GENERAL.—LA DUQUESA.—EL POLÍTICO.—LA CORTESANA

TODOS.—¡Oh! ¡Oh! ¡Bravo!

EL FINANCISTA.—Prosigo...

EL JUEZ.—¡Champagne! ¡Champagne!

EL GENERAL.—¡Silencio, que habla Creso!

LA DUQUESA.—*(Arrojando sobre la mesa las flores de una canasta).* ¡Ahí tienen rosas!

EL POLÍTICO.—*(Toma una de ellas y se inclina hacia La Cortesana).* Yo oscilo...

LA CORTESANA. — *(Interrumpiéndole).* ¡Ah! ¡Qué suave es columpiarse bajo la fronda del bosque!

EL POLÍTICO.—... entre la mujer flor y la flor mujer.

LA CORTESANA.—*(Deshoja la rosa en una copa que le ofrece después de haberla llevado a sus labios).* ¡Bebe! La rosa está en el vino y mi boca en el cristal.

EL GENERAL.—Continuad. ¡Creso!

EL FINANCISTA.—*(Siempre de pie).* ¡General, me cortan la palabra!

TODOS.—*(Con gran ruído).* ¡No! ¡Callaremos! ¡Callaremos!

EL FINANCISTA.—Os decía: ¿de qué sirve preocuparse? ¿De qué los escrúpulos? Aquí cada uno de nosotros es la esencia de una fuerza y el resultado de nuestro acuerdo es la Omnipotencia. Cuando nosotros hablamos de pie, se nos escucha de rodillas. Todo lo podemos sobre todos. Nadie ni nada puede sobre nosotros. Siento bajo mis plantas, como el alfombrado que piso, los mil millones de cabezas de la multitud!

TODOS.—*(En coro).* ¡Muy bien dicho!

EL FINANCISTA.—*(Prosiguiendo. Al Obispo).* Vos Monseñor...

TODOS.—*(A un tiempo).* ¡Bebamos a su salud!

EL FINANCISTA.—¡Vos, Monseñor, que sois la Iglesia con sus designios profundos y sus resortes ocultos de universal imperio!... ¡Dominais a este mundo por el terror de otro peor! Los muertos y los recién nacidos rinden tributos a vuestros altares iluminados. Sois la acción que pulula y hormiguea. Por la mujer y el niño sois dueños de la familia. Cuando ornamentados oficiais en el santo lugar, las campanas de las altas torres alzan sus toques al cielo azul mientras reináis sobre la tierra con el anillo de amatista y la cruz pastoral, al amparo de vuestra augural ironía!

EL OBISPO.—*(Inclinándose).* Soy el humilde servidor del Cristo...

EL FINANCISTA.—*(Al General y al Juez).* ¡Vos, General, y vos, Juez! Escrupulosos encargados de la conservación íntegra de la regia imperiosa de los hechos y del estado de las cosas, sois vosotros los guardianes de nuestras apoteosis! Sois los dos puños invictos de la sociedad que en días de severidad y de represalias, vénse en lo alto, blandir entre el humo como relámpagos de acero: la Espada de la Ley, el Sable del Ejército.

EL GENERAL.—Tiene punta muy aguda el Sable.

EL JUEZ.—Buen filo tiene la Espada.

EL FINANCISTA.—*(Al Político).* ¡Y vos!... El elector necio que siempre va buscando una égida para dar con un amo, que quiere un hombre y encuentra un payaso, os ha delegado para representarlo en un asiento con púlpito, regia fracción de trono, donde a vuestras anchas, durante algunas horas de la tarde, fabricáis polvos para tirar a los ojos!...

El Político.—*(Grave)*. Soy un defensor del pueblo.

La Duquesa.—*(Sarcástica)*. Rumores a la izquierda.

El Financista.—En el Olimpo estaba Juno: ¡El orgullo y la Orgía veneraba a Venus! *(A la Duquesa)*. El Orgullo sois vos, Duquesa! En el pliegue indecible de vuestro gesto imperioso lleváis todo un pasado de tiránicas crueldades. Sois la aristocracia injuriosa que selló con su marca de bordes rojos, rojos de sangre, el dorso del villano. *(La Condesa se inclina silenciosa abriendo el abanico)*. Vos, *(a La Cortesana)*. Vos.... Venus! rojo y blanco parásito de los ricos. Cálida como las trufas, ostras de Ostende en canastillas, sois el placer de los jóvenes y de la gente madura, sois el liquen que hermosea los viejos muros, un jardín de besos que nunca se cierra, la carne del placer, que hasta el delirio lleva nuestra carne.

La Cortesana.—¡A tu servicio!

El Financista.—¡Sí; a mi servicio! ¡Porque yo, yo soy el dinero, la enorme caja fuerte asentada sobre el mundo que lo adora y lo aborrece,—macizo central, roca magnética donde se elabora la fortuna de los grandes con la miseria de los pequeños!—y cual nuevo manantial dejo correr alegremente por los flancos de mis apetitos arroyos de luises que pronto se convierten en ríos de oro!...

La Cortesana.—¡Yo soy el mar! ¡Dame tus ríos!

Todos.—¿Ois?...

El Financista.—*(Alzando la copa)*. Brindo, pues, por nosotros! ¡por nuestras serenidades! ¡por nuestras divinidades! ¡Que al fin de cuentas somos un carro de dioses arrastrados por hombres-bestias, dóciles animales de tiro para los cuales, por si se atreviesen a dar coces, tenemos el látigo!

El Juez.—¡Y la cárcel!

El General.—¡Y las balas! *(Estornudando violentamente)*.

La Duquesa.—¡Salud! *(El Financista se ha vuelto a sentar. El General hace chocar los platos)*.

El Juez.—Tocais admirablemente los platillos, General!

El General.—Gusto de este ruído. Me pone nervioso porque es guerrero y triunfal! ¡Huele a pólvora y a laurel! Y como ya no tendremos más victorias y la gente no se bate por un sí o por un no, substituyo el ruído del cañón por el de los platillos de cobre, que me exalta y hace latir más fuerte mi corazón. *(La conversación se ha generalizado muy animada)*.

El Obispo.—General... entonces, esa dama es...

El General.—*(Reticente)*. ¡Oh Monseñor! Se exajera...

El Político. — *(Destapando una botella de champagne)* ¡Bum!

El General.—... Pero nada importa que sean pesados los pecados, siempre que las jóvenes sean livianas...

El Obispo.—¿Concebís, General, que con mis vestimentas?...

La Cortesana.—*(Al Financista)*. ¡Querido, nuestro Obispo me está mirando de reojo!...

El Financista.—¡Oh!... Tanto mejor... aunque quizás me cueste algo caro.... *(Habla en voz baja al oído de la Cortesana y le da una bolsa de malla de plata)*. Toma. ¿Me has comprendido?...

El Obispo.—*(Al General)*. La Iglesia condena el escándalo y huye de los que escandalizan! Voy a retirarme. *(Va a levantarse, pero al volverse se encuentra con la Cortesana que se le ha acercado)*.

La Cortesana.—¡Monseñor, por favor!...

El Obispo.—*(Sorprendido)*—¡Señorita!...

El General.—*(Idem)*. ¡Hé!... ¡he!... Parece que no es tan feo el escándalo!...

La Cortesana.—*(Muy humildemente pone en manos del Obispo una limosnera)*. Estendedla que está vacía!... *(Arroja en ella el contenido de la Bolsa)*. Ahora está llena. Es el óbolo de Magdalena!

El Obispo.—*(Saluda y se sienta)*. Magdalena es mi santa venerada!

La Duquesa.—*(Deteniendo a la Cortesana que al ir a sentarse pasa a su lado)*. Una palabra, querida!

La Cortesana.—¡Cien!...

El Juez.—Pero no se puede afirmar que haya alguien completamente inocente.

La Duquesa.—*(A la Cortesana)*. Venid a mi lado, querida!

El Político.—Es cierto, nadie es completamente inocente, salvo en política.

El Financista.—*(Al Juez)*. ¿Entonces, vos Juez, condenáis siempre?

El Juez.—Es mucho más práctico.

La Cortesana.—*(A la Duquesa)*. ¡Ah! Mi bañera es muy sencilla.

La Duquesa.—¿De mármol?

La Cortesana.—¡No, es de plata!

El General.—*(Al Obispo)*. ¿Una copita de Kummel?...

El Obispo.—*(Adelantando la copa)*. El derecho canónigo prohibe el abuso, no el uso. *(Bebe. Se oye golpear con fuerza la puerta vidriera del hall. El campesino se ha detenido en su camino y golpea con el puño)*.

ESCENA II

LOS MISMOS.—EL CAMPESINO

El Campesino.—¡Hola!

El Financista.—¿Quién llama?

El Político.—*(Riéndose)*. El diablo. *(Todos miran al intruso)*.

La Duquesa.—¿De dónde habrá salido?

El Juez.—¡Seguid vuestro camino!

El Campesino.—¡Abrid!

El General.—*(Encaminándose a la puerta)*. ¡Es porfiado!

El Obispo.—No entres. Quédate en el umbral!

La Duquesa. — *(Con repugnancia)*. ¡Basta ya!

El Financista.—¿Qué quieres tú?

El Juez.—¿Cómo te llamas?

El Campesino.—*(Desde la puerta)*. Yo soy Juan Lanas.

El Obispo.—¿Un campesino?

El Campesino.—¡El Campesino!

El Político.—*(Riendo)*. Este agrónomo está realmente sucio.

La Duquesa.—¡Tiene estiércol en los zuecos!

La Cortesana.—¡Oh, querida! ¡Qué horror!

El Campesino.—*(Con dureza)*. Si mis zapatos no están muy limpios es porque mis caminos no están aseados. No todo el mundo tiene alamedas bien conservadas. Marcho sobre la tierra de los campos y no sobre tersas calzadas.

El Financista.—Vaya con las graciosas razones.

El General.—¡Basta, pues!

El Juez.—¡Vete de aquí!

El Campesino.—Quisiera decir...

La Duquesa.—¿Por qué no sueltan los perros?

El Campesino.—Es que..

El Político.—*(Acercándose al Campesino)*. ¡Bah! Después de la cena vendrá bien el monólogo. ¡Vamos, vacia tu saco, personaje de égloga! *(Volviendo a sentarse alegremente)*. ¡Huele realmente a sucio!

El Financista.—Hablanos desde fuera. *(Todos se disponen a escuchar con aire burlón—Cigarros—Copas)*.

El Campesino.—Como veís, mi cráneo es duro y mis miembros son fuertes. Callaría, si aún pudiera callar, manteniéndome mudo y sordo como la tierra en que mis padres y los padres de mis padres han vivido de generación en generación! Habría vivido a mi vez sin rebelarme, sembrando y segando las mieses, puesto que conocía mi suerte secular y pensaba que era necesario que algunos estén abajo mientras otros están arriba. No habría levantado la frente de mi arado mientras el agua, el sol y la tierra mal humorada fecundaban mi labor y me pagaban la deuda; mientras bebía, comía, dormía, cosechaba, vendía, guardaba heno en el establo y algunos sueldos en la bolsa y algunos trapos en el armario... Pero un día, la desgracia cayó sobre mi campo, el suelo se agotó, el cielo se tiranizó, los aguaceros lo pudrieron todo, y vino después la seca y destruyó el pasto que quedaba, y después el granizo traidor ametralló mis manzanos en flor. Y quedé sin trabajo sobre mi trabajo desvastado!...

El Político.—¡Hombre feliz! ¡Sin nada que hacer! ¡Qué suerte!...

El Campesino.—Convencido de que era inútil trabajar alcé por vez primera la cerviz y ví el horizonte ensancharse... Ví también por vez primera a algunos de nuestros amos,—unos cazadores vestidos de terciopelo y con polainas, que pisoteaban las mieses y destrozaban los cercos,—y habiendo siempre creído que estaban formados de distinta manera que yo, amasados con otra arcilla, noté que como yo tenían dos ojos y dos orejas, que no eran ni más fuertes ni más altos que yo. Desde entonces he querido explicarme por qué nuestras suertes se diferencian tanto, por qué joven debo ayunar y desmembrarme para sustentar la gleba astuta, y viejo, marchar con la frente doblada hacia la tierra como un ángulo recto que caminara; por qué debo sufrir el hambre cuando os encuentro sentados a la mesa, repletos, hastiados de comer, siendo quizás como vosotros un hombre!...

El Juez.—¡Socorro, Duquesa! ¡Socorro! ¡Se han escapado los locos!

El Campesino.—*(Avanzando)*. ¡Tengo hambre!

La Duquesa.—¡Cómete los puños!

La Cortesana.—¿Tienes la pretensión de hozar en nuestros exquisitos platos?

El Campesino.—*(Con gesto terrible)*. Dadme alguna cosa! ¡Si no!... *(La Cortesana retrocede y se abandona en brazos de La Duquesa)*.

El Obispo.—*(Acercándose al Campesino)*. Dejadme hablarle!

La Duquesa.—*(A la Cortesana)*. ¡Qué tonto!

La Cortesana.—¡Todavía estoy asustada, querida mía! *(Se besan y se acarician lúbricas)*.

El Obispo.—Habéis conservado la fe, ¿no es cierto, hijo mío?...

El Campesino.—*(Persignándose)*. Creo en Dios padre Todopoderoso, en Jesús, su hijo...

El Obispo. — *(Interrumpiéndole)*. Nuestro Salvador. ¡Muy bien! ¡Hosannah! ¡Vuestra alma está salva! El fervor es un elegido terreno donde germina la Excelencia a que debemos aspirar. Habéis pecado, hijo mío, gravemente, por violencia. Arrepentios!...

El Campesino.—¡Pero padre, si tengo hambre!...

El Obispo.—¿Qué son los males del cuerpo? ¡Nada! ¡Apariencia! ¡Ilusión! ¡La vida es un camino corto, estrecho, sin importancia, que conduce al vasto Edén de la verdadera existencia! ¿Decís que sufrís en este mundo? ¡Mejor! ¡A los ojos de Dios que lo vé, vuestro dolor os realza! ¡Vuestro sufrimiento ha sido inscripto por El mismo en nuestro haber! ¡El dolor es mérito! ¡Beatos los mártires!

El Campesino.—¡Mi vientre pide pan!

El Obispo.—¡Inclinaos! ¡No se sube sin sacrificio! ¡La resignación es la virtud de los fuertes! ¡Además, yo iré, yo, sacerdote ungido por el Todopoderoso, iré a pedir a Dios sus bendiciones para vuestros campos. ¡Preparad los altares para las rogaciones!

El Campesino.—Los alzaremos.

El Obispo.—¡Y ahora, idos! ¡Continuad vuestro camino! ¡Mi promesa, Dios la cumplirá!... *(Lo bendice).*

El Campesino.—Está bien. Gracias por vuestra bendición... Y sin embargo tengo hambre!...

El Obispo.—Pensad en el pan del Paraíso!...

El Campesino.—*(Alejándose).* ¡Ah! ¡Pero si me habéis engañado, sois unos bandidos!... *(Sale).*

ESCENA III

LOS MISMOS MENOS EL CAMPESINO.—MIENTRAS DURA ESTA ESCENA LOS PERSONAJES CIRCULAN Y FORMAN GRUPOS SEGÚN LAS CIRCUNSTANCIAS.—BEBEN, FUMAN, ETC.

El Político.—*(Riendo).* ¿Ahora, quién pretendería desacreditar la metafísica?

El General.—*(Iracundo).* Hoy, todos los soldados revistan en la banda. ¡Ah! Si no fuera así, ¡mil rayos! una descarga de filas pronto acabaría con semejante canalla. ¡Voto al diablo! ¡Me hierve la sangre!

El Juez.—Escrúpulos a un lado, me veo obligado a confesar que el exceso de aplomo con que hoy discurre la crápula, proviene de los necios procedimientos observados por ciertos tribunales que pretenden repartir justicia con equidad, y sea esto con el fin de mostrarse originales o para darse aires de liberales en sus pequeñas localidades de provincia, no cabe duda de que ese modo de juzgar es desastroso bajo muchos conceptos.

El General.—¡Es una traición!

El Juez.—¡Y una calamidad, ni más ni menos!

El Financista.—*(Al Político).* ¡Mi querido legislador!

El Político.—A vuestras órdenes siempre.

La Duquesa.—*(A la Cortesana).* Declaro que, para mí, todo lo que es placer es legítimo.

El Financista.—*(Al Político).* Explorad con cuidado a varios de vuestros colegas de la Cámara.

La Cortesana.—*(A la Duquesa).* Sí, es verdad; los hombres son feos pero se necesitan...

El Obispo.—*(Al General que se obstina en obligarle a beber).* ¡No, gracias! ¡Por favor, general! ¡No puedo más... tengo débil el estómago!

El General.—Razón de más, amigo; es necesario regarlo.

El Financista.—*(Al Político).* Más afortunado que Aquiles, mis cheques no tendrán talón (1).

La Duquesa.—*(A la Cortesana, apretándole apasionadamente las manos).* ¡Sí, querida mía, iré!

El Juez.—*(Chocando su copa de champagne con las del General y el Obispo).* ¡Por la gente salada y el Kummel picante! *(Tarareando alto).* «Es el buen vino, los buenos»...

La Cortesana.—*(A la Duquesa).* Te prometo que iré, cubierta la cabeza con un velo.

El Financista.—*(Golpeando las manos).* Señoras y señores: una fiesta no puede ser completa, si falta el cantor callejero. *(Indicando al Juez).* ¡Y ved! ¡Ahí viene! Nuestro cantor que en vez de ser vulgar cantor callejero, es cantor de la corte (2).

El Político. — *(Riendo).* ¡La canción del Juez!

El General.—¿Es una canción realista?

El Juez.—*(Muy alegre).* ¡Cómo no, General! Aunque se ha publicado en un periódico socialista. ¡No puede ser más natural! Aquí es alegre; pero allí es lúgubre. El color se lo da quien la interpreta. ¡Héla aquí; comienzo! ¡Hum! Tengo el paladar muy seco. ¡Venga el champagne! Gracias, amigos. Atención. Yo mismo me acompaño.

(Después de vaciar de un trago la copa y tomando una botella como si fuera una guitarra, canta).

Sobre la margen
del río triste,
bajo los puentes
están los pobres
que el viento azota
de Noël hasta Año Nuevo.
—Mientras, los ricos
gozan y duermen
sobre cogines...
¡Y así se ríen de los que lloran
bajo los puentes!
—Soberbia lumbre, dulces manjares
para los gordos;
hambre, dolor y frío,
para los flacos.

Voz de afuera.—¡Ay, de los gordos!
¡Hartos están del cierzo
los lobos flacos!...

(Estupor general. Pasa un instante.)

---

(1) *Alusión a los cheques de Panamá.*

(2) *En el texto francés resulta el verso un juego de palabras.—«Est un chanteur de cour»; Cour significa igualmente patio y corte de justicia.*

ESCENA IV

LOS MISMOS.—EL OBRERO.—(ABRIENDO LA PUERTA, SIN GOLPEAR, EL OBRERO APARECE)

El Obrero.—¡Salud!

El Financista.—*(Reconociéndolo).* ¡Mil demonios! ¡Ahí tenéis otra vez a este vagabundo!

El Juez.—¡Que atrevimiento!

El General.—*(Con rabia).* ¡Salid!

El Obispo.—Es el mismo campesino de hace un momento. Se ha disfrazado de obrero el muy bandido!

El Financista.—*(Al obrero, que se queda en el umbral de la puerta).* ¿Qué significa este disfraz?

El Obrero.—¡Siempre es cuaresma! ¡Sí, soy yo! ¡Sin embargo no soy el mismo!

Todos.—*(A la vez).* ¡Oh! ¡Qué raro!

El Obrero.—Sí, ya lo se. Para los que beben, ríen y cantan en el banquete de la felicidad, el tiempo se detiene como el sol de Josué; pero para los demás el tiempo marcha. Yo era el campesino, ahora soy el proletario.

El Juez.—¡Y que se deje entrar esta clase de gente a todas partes!

El Financista.—¿Qué vienes tú a reclamar?

El Obrero.—Mi parte.

El Financista.—¿Parte de qué?

El Obrero.—De todo.

El Financista.—¡Caramba!

El Obrero.—Ya no soy el rústico que se rechaza con un «benedicat vos!» pronunciado con falsa compasión. Ya no creo en los viejos cánones de vuestro Dios Bueno. Quiero mi asiento a la mesa y mi puesto próximo al fuego. Desprecio la toga y odio a la soldadesca. He leído. He dejado por fin de ser el ignorante engañado eternamente. Si he sido ciego, veo claro y sé que si nada poseo es porque me lo han robado todo! Por más que mi situación parezca menos deprimida que antaño, mi miseria ha aumentado con ese pretendido bienestar. Aunque conozco mis derechos no puedo ejercerlos. Como un esclavo he nacido, crezco, vivo y muero. Llevo encima como un yugo, y como una horca, el capital que me desgasta la existencia. Yo, el flaco, engordo, con la labor de mis profesiones, la panza de los rentistas, sujeto a su yugo siempre, desterrado de la mesa y de la estufa!

El General.—¡La sangre me hierve!

El Obispo.—¡Ahí tenéis el efecto del espíritu de examen y de irreligión!

El Obrero.—*(Da un paso adelante. Fanfarrón y después terrible).*—Así, pues, señores patrones, permitid que os invite a estrecharos un poco para dejarme sitio. Mis colmillos se han afilado en muchos siglos de hambre. ¡Dadme pronto un puesto!

La Cortesana. — *(Huyendo aterrorizada).* ¡Socorro! ¡No lo dejéis acercarse!

El Financista.—¡Es un energúmeno!

El Juez.—¡Es un loco de atar!

El Obispo.—No; es sencillamente la bestia humana.

La Cortesana.—*(Semidesvanecida mientras le dan a respirar sales reconfortantes).* Detesto a los obreros.

El Obrero.—*(A la cortesana, gravemente).* ¡Cállate, hermana mía!

El General.—*(Furioso).* ¡Veis de qué os ha servido la dulzura!

La Cortesana.—*(Sumamente mortificada).* ¡Su hermana! ¡Qué impertinencia!

La Duquesa.—¡Esto rebasa todos los límites!

El Político.—*(Aparte).* ¡No hay más remedio! ¡Ahora me toca a mí sujetar el toro por los cuernos! *(Se adelanta hacia el obrero, y con bonhomía).* ¿No me conoces ciudadano?

El Obrero.—Sí, os dí mi voto!

El Político.—Escucha; soy tu diputado. Y te digo, francamente, que tus desmanes comprometen tu causa: tendrás que pagar los vidrios rotos!

El Obrero.—*(Trata de adelantarse).* Sigue hablando. Tengo hambre y voy a comer. Después...

El Político.—*(Lo detiene y con buen modo lo hace retroceder).* ¡No! Un momento. ¡Tanta prisa dañaría tus intereses! ¡De qué sirve apresurarse! Quien corre tropieza. El suelo es traidor y nada es más fácil que pisar en falso. Por los caminos inciertos del porvenir es necesario tantear el terreno, ir paso a paso, conteniendo los empujes y, antes que todo, escuchar siempre la voz del guía voluntario que, adelantándose, escruta el espacio, observa la tierra, aparta los peligros, interroga, contesta, discute, perfora un túnel, busca un vado, extiende un puente, para conducirte, vencedor de obstáculos innumerables, a la meta luminosa que vas en vano buscando entre las tinieblas. Mal te has portado, pues. ¿No tienes ya confianza en mí?

El Obrero.—¡Sí! ¡Pero es que temo!

El Político.—¡Ciudadano, esta palabra es una ingratitud sin igual! ¡Por tí, sin embargo, solicito, sin reposo, ora en las comisiones, ora en la tribuna o en los pasadizos, he perorado con la mayor decisión! Ni un instante de mi vida parlamentaria he dejado de abogar por tí. No se celebra una sesión sin que yo presente una ruidosa interrupción o proponga alguna enmienda. Por tí he sufrido todas las severidades del reglamento: llamadas al orden, inscripción en el tablero, la censura, etc!...

El Obrero.—Y con eso ¿qué he ganado?

El Político.—¿Qué quieres, para ser más segura, la marcha del progreso es lenta. El hombre tiene que cultivar todavía, du-

rante mucho tiempo, una virtud...

EL OBRERO.—*(Irónico).* ¿La resignación?

EL POLÍTICO.—¡No! ¡La paciencia!

EL OBRERO.—¡Paciencia!... Y que corra el tiempo.

EL POLÍTICO.—¡Por favor! París no se ha hecho en un día. Cuentas conmigo. Siempre seré para tí un consejero fiel y un apoyo seguro. Por otra parte, no creas que no adelantas algo todos los días. Avanzas sin darte cuenta, a pasos ajigantados, pero ello se va operando insensiblemente y quien sabe si no está más próximo el triunfo de lo que pensamos. Un gesto fuera de tiempo, podría alejarlo... ¡Adios! Y sin reproches...

EL OBRERO.—*(Vencido).*—¡Que así sea! ¡Esperaré!... Me voy...

EL POLÍTICO.—Mi buen amigo... ¡Esa mano!...

EL OBRERO.—¡Ah! ¡Y sin embargo habría comido de buena gana!

EL POLÍTICO.—Mañana comerás.

EL OBRERO.—*(Aparte, en el umbral).* ¿Me engañarán aún?

EL POLÍTICO.—*(Atestiguando al cielo).* ¡No amigo, no!

EL OBRERO.—De vos depende. Pero cuando ya no os diga quien soy... ¡tened cuidado! Adios.

ESCENA V

LOS MISMOS, MENOS EL OBRERO.—LUEGO EL DESCONOCIDO

EL POLÍTICO.—¡Uff!

EL JUEZ.—Son unos amotinados.

EL GENERAL.—Sí, son unos endemoniados. La cabeza les pesa poco y es necesario meterles plomo. ¿Qué importa si el plomo con que se carga las cabezas las rompe? Un insensato vale mucho menos que una perdiz.

EL POLÍTICO.—Voy a cerrar la puerta. Concluirán por acabar con nuestra paciencia estos vagabundos que llegan a este salón a exhibir sus hambres. *(Se encamina a cerrar la puerta del hall. Pausa).*

EL OBISPO.—¿Serán muy numerosos estos vagos por los caminos de la comarca? *(Pausa).*

LA CORTESANA.—¡La verdad es que hubiéramos debido dejarle llevar unas cuantas migajas. *(Se oye a lo lejos, muy lejos todavía, el ruído de un trueno).*

EL POLÍTICO.—Llueve.

LA DUQUESA.—¡Qué viento!

EL GENERAL.—Es la tormenta que se acerca.

EL OBISPO.—Por suerte que estamos al abrigo.

EL FINANCISTA.—*(Algo violento).* ¡Por Dios! El fastidio os invade. ¡A moverse! Bebed señores. Y tú, la bella, haznos ver tus lindos hombros. ¿Qué hacéis ahí, vosotros todos, blancos como los polos, porque llueve, sopla el viento y empieza a tronar, y por haber visto como ayuna la canalla?

EL GENERAL.—*(Tomando una botella).* El amigo financista tiene razón.

LA DUQUESA.—*(Presentando su copa).* ¡Bebamos!

EL POLÍTICO.—*(Con otra botella en la mano).* ¡Qué nos hace a nosotros el hambre de los demás! *(Todos beben y chocan las copas ruidosamente).*

EL FINANCISTA.—El juez tiene miedo.

EL JUEZ.—¿Yo? No señor, no tengo el menor miedo. ¡La puerta está bien cerrada!

EL POLÍTICO.—*(Algo ebrio).* ¡Una mujercita! Que venga a este rincón, que el amigo Juez se está poniendo pálido como un membrillo, y por mi parte, celebraría besar cualquier cosa sonrosada.

(La Cortesana, que está sentada del otro lado de la mesa, junto a la Duquesa, se levanta y va hacia el Político).

LA DUQUESA.—¿Quién quiere una idea?

EL POLÍTICO.—¿La rociamos?

LA DUQUESA.—La inundamos... de champagne. *(Ruído de copas entrechocadas por manos febricientes. En este mismo instante, surge desde afuera, pegado a la puerta vidriera en el fondo del* hall, *el semblante desencajado del Desconocido, de una palidez lívida, espectral. Un amplio manto negro lo cubre enteramente haciendo resaltar más la blancura del semblante. Como todos los comensales le dan la espalda, nadie lo ve. Sólo la Cortesana, al cruzar la escena, lo distingue y lanzando un grito deja caer la copa que tiene en la mano).*

TODOS.—¿Qué hay? ¿Qué ocurre?

LA CORTESANA.—*(Tapándose los ojos con las manos).* ¡Era!... ¡Es!... ¡No sé! ¡Tal vez haya visto mal!... Quizás el relámpago que pasó...

(Durante esta escena y hasta el fin, el ruído del trueno se hace cada vez más intenso. La Cortesana vuelve a refugiarse en brazos de la Duquesa).

EL FINANCISTA.—*(Burlón).* ¡Oh! la tonta!

TODOS.—*(A la Duquesa).* Esperamos, pues, que nos digais la idea.

LA DUQUESA.—*(Algo ebria, extiende los brazos sobre la mesa).* Mi idea es atica, y (¡no la escuchéis monseñor!) de orden plástico.

TODOS.—*(Con entusiasmo).* ¡Oh! ¡La gran idea! ¡La estupenda idea!

LA DUQUESA.—Para los dioses las diversiones han de ser divinas. Después del zumo de la uva, probemos el de las carnes. *(Amanece y el ambiente es cálido. Enlaza amorosamente con su desnudo y mórbido brazo, el cuello de la cortesana).* Propongo que nuestra hermosa amiga nos encante la vista con el esplendor de sus académicas líneas. (¡Monseñor, bajad la vista!) Que sea inviolable, que los besos nuestros vuelen sin posarse, de la punta de nuestros dedos al finísimo nido de su boca, condensando en un mortificante placer, el respeto y el amor, el arte puro y el deseo.

EL FINANCISTA.—*(Alegre).* ¡Ay! ¡La congestión nos acecha!

(El semblante del desconocido vuelve a pegarse a los vidrios. Nadie lo ve. De repente la cortesana lo distingue.

LA CORTESANA.—¡Ah, ah! *Tumulto. El rostro desaparece. Estupor).*

EL POLÍTICO.—*(A la Cortesana).* ¡Qué hay!

LA CORTESANA.—*(Con el brazo tembloroso, extendido hacia la puerta del hall).* ¡Allí!... ¡El hombre!...

EL GENERAL.—¿Qué has visto?

LA CORTESANA.—*(Como enloquecida).* El hombre.

EL FINANCISTA.—¿Qué hombre?

LA DUQUESA.—Hablas hermosa, como una niña.

EL POLÍTICO.—¡Mejor dicho, como una mujer ebria!

EL FINANCISTA.—*(Examina la puerta vidriera del hall).* ¡No hay nada!

EL GENERAL.—*(Sale para ver si fuera hay alguien. Volviendo).* No hay nadie.

EL JUEZ.—*(Tembloroso).* ¡General, cerrad bien!

EL OBISPO.—*(Acercándose a la Duquesa).* ¡Señora! ¡Qué idea! ¡Semejante cosa! ¡En público! ¡En voz alta!

LA DUQUESA.—*(Se sirve una copa de champagne y bebe. Muy altanera).* ¡Ah! Monseñor, raciocináis como un abate piojoso. ¿Soy acaso una de vuestras sumisas come hostias? ¡Sabed que no tengo humor para soportar sermones ni pater nosters! Vuestras morales no tienen nada que ver con la nuestra; y mi casta está por encima de toda vana preocupación. Si se me antojara sacarme en este instante la camisa que llevo, la sacaría ante vuestros ojos atontados. ¿No se han visto, acaso, en Versalles, bajo el reino del Bienamado, a las princesas de sangre azul, que la sangre atormentaba, descender de sus lujosas cámaras a fumar las pipas con los suizos?... *(A la Cortesana y dando la espalda al Obispo).* ¡Ven, amor mío!... *(Empieza a reinar un malestar indeterminado. De repente un trueno más cercano sacude los vidrios).* ¡Qué trueno!

LA CORTESANA.—*(Escondiendo la cara entre los brazos de la Duquesa).* ¡Qué pavor!

EL GENERAL.—¡Demonios! ¡Me siento nervioso!

LA CORTESANA.—*(Pueril a la Duquesa).* ¡Quisiera ver aclarar el día! *(Al alzar la cabeza, vuelve a ver, pegado a los vidrios, el semblante del Desconocido que en seguida se eclipsa. Huyendo de los brazos de la Duquesa).* ¡Ah, allí!... ¡El hombre!... ¡El hombre!!... *(Todos vuelven la vista hacia la puerta, silenciosos. No ven nada. Pausa).*

EL POLÍTICO.—¡Está loca!

LA CORTESANA.—*(Con exaltación).* ¡Se asemeja a la muerte! ¡Aparece y en seguida se borra! ¡Ah! ¡Sí! ¡Te he visto bien!...

EL FINANCISTA.—¡Es una alucinación!... *(Estalla violento trueno).* ¡Qué tiempo!

EL OBISPO.—¡Es el caos!

EL POLÍTICO.—¡Es la revolución! *(Todos han vuelto a tomar asiento. La Duquesa, enlazando con su brazo el talle de la Cortesana, la arrastra un poco fuera del círculo de los bebedores).*

LA DUQUESA.—¡Ven hermosa! La Lujuria taciturna palpita embriagadora en esta noche de fiebre. ¡Reponte! ¿Qué tienes? ¡Tu esplendor avasalla el Oro, la Fuerza, la ley, el Dogma y el Poder!

LA CORTESANA.—*(Angustiada).* ¡Sí! ¡Pero ese hombre!...

LA DUQUESA.—¡Ilusión... utopía... quimera! *(El Financista, el Político, el Juez, el General y el Obispo se sientan dispuestos como para asistir a un espectáculo. A la izquierda, a corta distancia de la mesa, la Duquesa desata la cabellera de la Cortesana. Se llenan nuevamente las copas).*

EL FINANCISTA.—Disponeos a ver a Venus saliendo de la onda amarga. ¡Que nos importa el rayo. Somos omnipotentes...! ¡Bebamos! ¡Bebamos! *(Chocan las copas. En este momento la faz del Desconocido, que entonces nadie ve, se pega a los vidrios y mira fijamente).*

EL GENERAL.—*(Brindando).* ¡Por nuestro reino!

EL FINANCISTA.—¡Por nuestra alegría!

EL POLÍTICO.—¡Bebo por nuestro eterno acuerdo! *(La Duquesa suelta los cabellos de la Cortesana que se derraman sobre sus hombros).* ¡Viva el cabello en libertad y la belleza desnuda! *(De repente estrépito de vidrios rotos. El Desconocido ha derribado una de las hojas de la puerta y avanza. Todo queda a obscuras. El viento, la tempestad, la lluvia, penetran al hall con el Desconocido, apagando las luces. Un grito formado por todos los terrores. Después silencio. Un relámpago formidable... después un trueno único. Después... de entre las sombras, la voz del Desconocido.)*

EL DESCONOCIDO.—¡Pero alguien desbarató la fiesta!

TELÓN.

LUIS MARSOLLEAU.

(Traducido del francés por Florencio Sánchez.—Colección de «El Sol».—Buenos Aires).

El culto estéril

ECOS DE PASADAS FIESTAS

† 2 de Noviembre. Día de cita, los muertos conspiran, gritan, nos mandan con las voces del pasado; las almas se llaman a tristeza mientras los cuerpos ciñen luto. Flores, cirios, cruces... y pasa la caravana en peregrinaje al cementerio.

Mujeres jóvenes cuyos rostros frescos y sonrosados—mal que pese al crespón que los contorna—hablan de la vida y sus placeres, del amor y sus deseos. Dicen esas caras todo menos de la muerte.

Ancianos—lámparas ya a extinguirse—que palpitando, sintiendo puede decirse el final de sus carreras van trémulos de pavura por tradición, por cumplir, a la mansión igualitaria y de la que al despedirse «Hasta el año que viene» salen mirando hacia atrás como si Titanes con manos férreas los aguantaran y quisieran retenerlos para empotrarlos ¡allí! donde duermen por siempre—R. I. P.!—seres queridos...

La caravana pasa—primaveras en gema—diminutos pequeñuelos que acompañan madres o niñeras, saltan como cabritos, gozosos como si fueran a una feria en la cual encontrarán el títere o la burrita encascabelada que los hará reir a extasiarse de contento. Raro y apenador contraste el que ofrecen esos lirios blancos, esas caritas rientes enmarcadas también con el disfraz negro plegándose inconscientes a la comedia social.

En los cementerios—teatros de la muerte—hoy convertidos en suntuosos paseos con jardines y estatuaria y hasta «Día de Moda»; lenguas de gente lamen las aceras y rompiéndose luego en girones desiguales—tanto como los sentimientos que ahí las auna—van a dejar sobre las tumbas el testimonio de su presencia.

Lo mismo que para una representación teatral se discute el gusto de las decoraciones, así también con el arreglo de esos pedazos de tierra que guardan más de una esperanza, más de un crimen, quizás un afecto; y aun cuando el parangón parezca osado o impropio, si se mira sin prejuicios—vale decir con altura—ambos espectáculos tienen afinidad de conexión en sus toques de comedia.

Sin embargo—y ya que de teatros se habla—el escenario de la muerte ofrece una particularidad igualitaria que a más de un potentado entristece: no reconoce linajes y de ahí tal vez esa ornamentación y derroche arquitectónico en ciertas tumbas, que por lo menos en el mundo exterior las clasifica y separa de las *otras:* sus hermanas cenicientas.

Mientras que la escena real tiene distintas apreciaciones y homenajes para autores y actores, el escenario de la muerte acoge con el mismo tono glacial al Sabio que al Imbécil.—Tal vez haya justicia.—Acerca a los polos: Cristo y Nerón, Milton y Voltaire. El amor y el crimen; místico y Ateo... y sigue el culto de la muerte.

¿Por qué?

¿En nombre del respeto, de la moral, del amor?...

Valdría decir santificar la tierra.

No, se perpetúa, por tradición, por costumbre sin que en el fondo primen los afectos y sin que para ello nos asista un derecho, porque en la vida hay almácigos de seres que viven, que palpitan semimurientes y para los cuales no se observa el precepto eje, «Amaos los unos a los otros» sino la norma «Adelante los que puedan».

Por eso el culto de la muerte se alza como una enormidad de dualismo. Respetamos lo que no existe y menospreciamos lo que vive; reconocemos virtudes a *cosas* que fuera de la vida ya de nada puede oficiarles y a las cuales mientras vivieron solo supimos descarnar y obscurecer. ¡Vamos a llevarles flores luego de haberles hincado espinas!

Este es el culto estéril: innecesario y ficticio; algo así como un «Ora pro nobis» de las almas apocadas, ruego a ese *más allá,* su eterna pesadilla. «Hoy por tí, mañana por mí». *Miedo egoista.*

Concretando: Vosotros, idealistas que opinais que el espíritu se desprende del «pecador cuerpo» para vagar en lo etéreo; que la materia es nada!... ¿Qué hacéis ahí, llorando o en rezo sobre la tumba de la amada?...

Materialistas que sabéis ú opináis que la materia se transforma, que lo que para nosotros muere pasa a ser principio activo de otras substancias... ¿Por qué estáis de pie, con el sombrero en reverencia si sabéis que aquel cuerpo que adorastéis ¡que tan bien conocíais! ya no será más que una masa informe o a lo sumo un esqueleto que al pretender palparlo se desmoronará como si fuesen sueños?

Yo comprendo que un ser que desaparece se llore o se recuerde, pero ¿por qué ir a evocarlos precisamente al lugar donde están *más* muertos?

Shakespeare, Voltaire, Hugo, Zola, no están en sus Mausoleos sino en sus obras. Ahí viven; y si bien es cierto que a todos los mortales no es dado perpetuarse en la memoria de propios y extraños, se me ocurre más propio levantar el recuerdo, vivirlo por extensión prosiguiendo sus virtudes que masculándoles responsos.

Esto no es más que establecer puntos de comparación para facilitar una lógica que aunque parezca inhumana tiene su porción de amor o por lo menos el verdadero sitio de las cosas.

Manda la campana; la ola-carne se mueve, se recoge y puja sobre la puerta de salida que resistiendo rompe y precipita en arroyuelos a aquel embate de sangre.

Nubes blancas, jirones rosados, lejanías negruzcas: la tarde. Como símbolo de aquella masa que se agita, adolescencia, juventud, vejez: la humanidad.

La caravana torna y allá queda en lujosos panteones, sobre tallados ataudes, el *«Día de los muertos»* y *aquí,* entre paredes húmedas sobre pobrísimos lechos la *noche de los vivos...*

JAIME JUSTO MORENO.

El genio de Monte Hermoso (1)

I

Cerraba la oración tranquila, grave;
de gualda el horizonte se teñía
y en la pampa serena no se oía
más que el triste graznido de algún ave.

Con humilde expresión, quebrando el llano,
elevaba sus piedras Monte Hermoso;
con humilde expresión, pero coloso
como enigma tremendo de un arcano.

Por las huellas difusas de un camino
que conduce ligero hasta la falda,
blanquecina la sien, corva la espalda,
apretaba la marcha un peregrino.

A la cumbre llegó. Desde la roca
miró abajo y después al firmamento,
cual si loco buscara el pensamiento
que balbucía sin cesar su boca.

Sentóse a descansar. Luto medroso
tendió la noche en el azul sedeño
y el peregrino, doblegado al sueño,
durmió el sueño génial de Monte Hermoso.

II

Las narraciones populares cuentan
que aquél viejito de la barba cana
refería a un labriego, una mañana,
grandes verdades que jamás se inventan.

Dijo,—repiten,—que en la noche aquella
sintió extraño rumor en la colina
y al rodar piedras, una luz divina
vomitó el antro en su febril querella.

¡Genial revelación,—feliz contaba,—
pesadilla genial que será eterna!
De la entraña infernal de la caverna,
infernal caravana no cesaba.

Razas sin nombres, milenarios huesos
de calaveras caprichosas, viejas,
y bocas anchas que exhalaban quejas
y labios secos que arrojaban besos.

Frentes enjutas, cabelleras sueltas,
dientes agudos y falanges duras,
expresiones de gozo y de amarguras,
cuerpos llenos de horror, formas esbeltas...

¡Todo, todo ví allí! Mejor fortuna
no he vivido después, dijo el anciano.
Sepultado está allí el género humano
en las negruras de su misma cuna.

Monte Hermoso inmortal; como los astros
has rasgado las brumas del celaje
para mostrarnos del mejor linaje
la historia original sobre sus rastros.

Monte Hermoso inmortal: que esta leyenda
sea ciencia tenaz, irrefutable,—
dijo el viejo al labriego miserable,—
y se echó a caminar sobre la senda...

III

Monte Hermoso tembló, y el peregrino,
blanquecina la sien, corva la espalda,
por los declives de la suave falda
se alejó como un dios. ¡¡Era Ameghino!!

JUAN MANUEL COTTA.

"La Columna de Fuego"

OPINION DE CÉSAR DUAYEN

A Alberto Ghiraldo.—Buenos Aires.

Mi amigo: ¿Cree Vd. de veras en el telégrafo sin hilos del pensamiento? Y esto a propósito de haberse cruzado mi pedido de *La Columna de fuego* con ella misma, que acaba de llegarme fulgurante e intacta. ¿Mi impresión; mi profunda impresión? La de un incendio. He recibido los resplandores y el calor. Es este mi juicio sencillo y lacónico como lo es la sinceridad.

Cuando se piensa que todo eso es cierto; que ahí no hay ficciones sino en la forma y... eso tal vez; que Vd. conoce, presencia, alienta y consuela todo eso; que de todo eso van naciendo y creciendo las fuerzas nuevas, sin desgastes, que moverán en adelante el mundo; que por todo eso quizás el mundo será diferente y la Paz sustituirá a la Guerra, las impresiones se convierten en meditaciones, y en meditaciones hondas, mi distinguido autor de cosas tan trágicamente prometedoras.

CÉSAR DUAYEN.

Bruselas, Octubre 15 de 1913.

(1) Del libro *Laureles* recientemente publicado. Ivaldi y Checchi, editores.—Buenos Aires.

La literatura dramática en Chile

(Conferencia leída el 30 de Septiembre en el Teatro Nacional Norte de Buenos Aires)

Montevideo, 4 de Octubre de 1913.

A Alberto Ghiraldo:

Buenos Aires.

Estimado amigo: Mañana a primera hora me embarco. Antes de partir a España deseo agradecerle vivamente, de todo corazón, el afecto con que usted me distingue y las especiales atenciones que ha tenido para con este modesto luchador de las letras chilenas.

Admiro su labor intensa, su lucha tesonera, y comprendo que hay que ser fuerte y constante para llegar a una relativa realización del Ideal.

Cumpliendo sus deseos le remito la conferencia para publicar en su admirable revista.

Desde Río de Janeiro le enviaré el número de Carlos Mondaca. Actualmente recopilo sus más bellas poesías. Le enviaré además un buen retrato que usted me hará el favor de guardar por haberme sido obsequiado por él y ser un grato recuerdo.

Más tarde le escribiré largo. Le contaré del resultado de mis gestiones por dar a conocer Ideas y Figuras *en Barcelona. Espero que me remita al consulado general de Chile la credencial del caso.*

Más adelante le enviaré cuentos para un número, en conformidad a lo acordado.

Esperando continúe siempre abierta la puerta del triunfo para su alma de gran poeta le saluda cariñosamente.

Admirador y amigo.

Edgardo Garrido Merino.

Señoras, señores:

No ha dos meses que abandoné mi patria, es decir Chile, en rumbo a España, y, aquí me veo, hoy, frente a frente de la crítica y del público argentino.

Hubiera sido mi intención pasar anónimamente por la República Argentina, para cruzar el charco, pero héme aquí que pronto doy con la bondad de dos poetas: Alberto Ghiraldo y Edmundo Montagne. Ambos me dan ánimos para hacer labor teatral entre vosotros....

Al dejar Chile, con intenciones de lucha, me hice el voto de alegrar siempre la jornada con el recuerdo de la literatura patria. Es por esto que hago tribuna de la escena, para demostrar, suscintamente, los esfuerzos de una falange de escritores que persiguen, en mi país, desde hace años, la fundación de un teatro criollo y el desarrollo de una literatura dramática empapada en los sentimientos y costumbres nacionales.

Considero que no es pretensión, pero en Chile tuvimos literatura escénica antes que muchos otros países de Sud América.

Las primeras obras nacionales, estrenadas en Santiago de Chile, datan desde los años de la Conquista. A fines del siglo XVIII se estrenaban algunos dramas de carácter político, más tarde el mismo Camilo Henriquez, aquel padre de la Buena Muerte, prócer de nuestra independencia y fundador del primer diario chileno, entregaba obras a la escena, obras que, casi todas ellas, perseguían un fin patriótico.

Son muchas las producciones dramáticas que, en archivos y bibliotecas, se conservan de los esforzados escritores de esa gloriosa época en que nuestros abuelos luchaban por la emancipación.

Eran dramas, en su mayoría, dramas en verso «calderoniano», de argumentos patrióticos y que en escena, de seguro, resultarían alegóricos.

Desde 1830 hasta 1870, Chile cuenta con muchos autores.

Casi todo escritor sacaba de su majín, un drama o una comedia, que pronto subían a la escena de teatros que hoy no existen, para deleitar a nuestros antepasados, quienes, habituados con la literatura de la época, soportaban sin protestas, kilométricos monólogos e hinchados parlamentos.

Carlos Walker Martínez, Sanfuentes, Lamarca y muchos otros estrenaron dramas que adolecían mucho en técnica y que, en su mayoría, estaban inspirados en ese romanticismo que imperaba en la escena española y también en la escena francesa.

De este entonces han dejado amables recuerdos autores como Caldera, cuyo drama «El tribunal de honor», a pesar de los defectos en movimiento escénico, tiene condiciones admirables que le hacen digno de perdurar en las letras chilenas.

Recordar las obras y los autores sería estéril. Fueron muchas y muchos.

Labor aislada, casi personal, dió un teatro diluído, intermitente... Se estrenaban obras, de tarde en tarde, y nunca los autores pensaron en unirse ni en dar a sus esfuerzos las características necesarias para echar las bases de un teatro propio.

Más tarde, un poeta satírico de gran erudición y sonrisa volteriana, que en vida se llamó Juan Rafael Allende, estrenó hermosas obras.

Merecen recordación, por sus éxitos, «El cabo Ponce», «De la taberna al cadalso» y «Para quién pelá la pava».

Hubo además una producción que, sin tener méritos literarios de ningún género, logró hacerse popular. Era un sainete en habla criolla. Martínez Quevedo, su autor, tuvo la oportuna idea de sacar un «huaso» a escena y de dar colorido a un argumento jocoso. Un «huaso» ignorante, cerril, que cae a la vida de ciudad y que debuta haciendo enormes estropicios. Tema digno de una película del travieso Sánchez del cine, por cierto, pero que logró darse a conocer en la capital, provincias y aldeas, por centenares de veces...

Ricardo Fernández Montalva, buen poeta, estrenaba también, hace de ello quince años, «Una mujer de mundo».

Argumento real y doloroso, versos correctos e inspirados, tardó poco la obra en triunfar y merecer los honores de un estreno en España.

Hasta 1911, fecha inicial del desarrollo del teatro chileno, se estrenaron muchas obras que las mató el olvido. Dramas, comedias, zarzuelas. De todas ellas, desgraciadamente, nada se conserva. Ensayos hechos con buena intención pero con algún desconocimiento del arte escénico.

En 1910, Armando Hinojosa, estrenaba varias comedias salpicadas con chistes de buena ley. Más tarde Heraclio Fernández, nos daba dos zarzuelas, episodio de la guerra del 79, una; pocodespués Aurelio Díaz Meza, estrenaba «Rucacahuin», zarzuela de costumbres araucanas, musicada por García Guerrero y, a más seguir Matías Soto Aguilar, ofrecía al público «La Pimienta», una hermosa zarzuela de costumbres campesinas. de cuyo libreto y música era autor.

Como todas estas obras franquearon el temido Rubicón y se mantuvieron en cartel, la producción continuó adelante, carretera del éxito.

El teatro chileno, despertaba, después de las tentativas de antaño, en pleno centenario de independencia.

Cuatro o cinco obras y luego el silencio.

A mediados de 1911, una compañía española, de simpática recordación, compañía en que figuraba como primera actriz Antonia Pellicer y en la que militaban algunos actores chilenos, tuvo propósitos de apoyar al teatro criollo y, hénos aquí en los preliminares de una valiente cruzada que, al haber obtenido protección decidida hubiera colocado la piedra fundamental del anhelado edificio.

Tener una literatura dramática propia es querer conservar en la escena la vida y costumbres de una raza; es archivar, en dramas y comedias, todo aquello que no debe morir, es procurar la perpetuación del sentimiento popular y de muchas tradiciones históricas.

Todo país debe poseer un teatro dramático, una literatura teatral que sea un reflejo de sus costumbres. Las pintorescas variaciones del lenguaje popular, las pasiones y hábitos del hombre nativo, los problemas sociales y conflictos morales propios del país y de determinados ambientes, en fin, todo aquello que sea intensamente nacional, debe de vivir en la literatura de una nación y, especialmente en la escena, lienzo elocuente, donde todo cobra más vida, mayor realidad y animación.

Así lo comprendió un puñado de escritores y desde aquel entonces comenzó la lucha por la creación de nuestro teatro.

Pellicer, el «heroico Pellicer», pues de heroico se tildaba a quien apoyaba esta idea—pesimistas los hay en Chile, Carlos Mondaca y Max Jara, eran autores de «Durante la Reconquista», hermoso drama histórico. Subió a escena. La prensa celebró el estreno. La obra en cartel, con taquilla vuelta varias noches... El público, aplaudía con entusiasmo, con delirio... ¿Qué más pedir?... ¿No era aquello un síntoma de que existían autores y de que había un público?

La obra fué ganando terreno. Del teatro, casi popular, en que se estrenara, llegaba poco después al corazón de la ciudad.

Un grupo de artistas, escritores y periodistas se unió a la compañía y pronto la obra se interpretaba en los teatros del centro y luego, en el municipal.

Así fué como vimos de actores a Benito Rebolledo, un gran pintor chileno de paleta pletórica en sol; a Raúl Figueroa (Chao), un afortunado caricaturista; a Rafael Maluenda, autor de bellos cuentos campesinos; y a dos muchachos con hábiles condiciones escénicas, Orihuela y Miranda, periodista el primero y poeta el segundo.

El entusiasmo del público creció, creció...

Después de este estreno, varias obras, diré más bien muchas, llegaron a manos del director de escena.

La primera en estrenarse fué un drama de costumbres mineras y tendencia socialista: «El Chalaco». Autor es quien dicta esta charla, y, aunque mal está el decirlo, obtuvo éxito y contribuyó a mantener latente el entusiamo.

Casi a la par de mi estreno dos nuevos autores se presentaban: Eduardo Barrios, con un drama de tesis, «Los mercaderes en el templo», y Rafael Maluenda con «La suerte», comedia de interesante psicología. Ambas obtuvieron franco éxito, especialmente la primera, en la que se reveló un vigoroso temperamento de dramaturgo y un hábil observador. Barrios y Maluenda, triunfadores en otros géneros literarios, como el cuento y la novela, sentaron plaza de buenos dramaturgos con sus afortunados estrenos.

Después son muchas las obras estrenadas. Sería inoficioso recordarlas.

Eso sí, que debo mencionar a Días Meza, por el estreno de su comedia en 3 actos «Con su destino», estrenada por la compañía Balaguer, y a Santiago Ramos por sus hermosas obras «El auto» y «Las últimas flores», obras llenas de ingenio y de una fina observación.

Figura que descuella entre los autores y que tiene una reputación envidiable es Víctor Domingo Silva, conocido en Buenos Aires. Inspi-

rado poeta, buen dramaturgo y valiente periodista. Silva estrenó aquí, «Como la ráfaga» y «Los cuervos»... Gustaron.

Después de intensa labor en tierra argentina, Silva regresó a Chile. Los intelectuales santiaguinos le recibieron cordialmente y celebraron con él el triunfo de su drama «Nuestras víctimas», estrenado en el teatro Municipal, por Mariano Díaz de Mendoza.

Exito espontáneo, pronto recorrió los más importantes escenarios chilenos.

Manuel Magallanes Moure y Nathanael Yáñez Silva, figuran también entre los buenos.

Magallanes ha estrenado «El pecado bendito» y «La batalla», esta última con Borrás. Son dos comedias finas, de sútil penetración psicológica. Han obtenido más éxito literario que teatral.

Yáñez Silva ha estrenado mucho. Obras en un acto, monólogos, entremeses... Hace teatro fino, observaciones de alma femenina, caracteres simpáticos... Su confirmación como autor la encontró en «Humo dorado», comedia en 2 actos, que le estrenó Balaguer.

Ultimamente Barrios, Díaz y Meza, Soto Aguilar, Silva, Ramos, Valenzuela, Yáñez Silva, muchos otros y quien habla, han estrenado apreciable número de obras que han venido formando, lentamente, el repertorio de nuestro incipiente teatro.

Aparte de esto hay infinitos autores que aún no se han dado a conocer y que de seguro darán obras muy buenas. Entre estos escritores que comienzan a escribir para la escena y que aún no han estrenado figuran Daniel de la Vega, talentoso poeta; Jorge Downton, Martín Escobar y muchos otros.

Y ya que de teatro chileno hablamos he de recordar a los actores chilenos como ser Arturo Bhürle, de admirable bis cómica, a Novajas, actualmente en España y a una sola actriz que se ha distinguido por su labor altamente artística: Milagros de la Vega, hoy en la República Argentina.

Por lo demás no contamos con elementos criollos dignos de mencionar.

Por tal circunstancia desde hace varios meses un actor español ha sido comisionado por el gobierno chileno para que desempeñe la cátedra de declamación en el Conservatorio Nacional de Santiago. Manuel Díaz de la Haza, es un excelente director de escena y un inteligente actor.

El resultado promete ser satisfactorio.

En nuestro conservatorio se comienza a formar la primer falange de actores criollos y en el teatro en que actúa Díaz de la Haza, se estrenan semanalmente dos o más producciones nacionales.

Por su parte, el gobierno proyecta construir un teatro para el conservatorio, en el que nuestro teatro nacional encontrará su hogar.

Así, con la protección general, amando elementos, sumando energías, y estimulando a los autores, creo que en pocos años más el teatro chileno será una hermosa realidad.

Breve es la historia del teatro chileno, pocas sus incidencias y escaso, relativamente, el número de sus obras.

A pesar de ello considero que está llamado a cruzar más de una vez la frontera, pues hay en Chile, muchos pichones de dramaturgos y muchos escritores de talento. Una vez dominen los «procedimientos», han de producir obras llamadas a enaltecer la floreciente dramaturgia sudamericana.

—

Todas las naciones del Continente Sur, todos los países en que se habla lengua castellana deben poseer un teatro propio; deben engendrar y dar vida a una literatura dramática, regionalista, que sea reflejo de su grandeza y civilización.

Admiro a los literatos argentinos que han bregado por dar vida a la escena criolla luchando contra las frialdades del ambiente y contra los escollos que la ignorancia y el pesimismo arrojan siempre al camino de las iniciativas intelectuales.

¡Luchemos por el teatro sudamericano, hagamos comunes las energías, procuremos la corriente de simpatía intelectual, fraternizemos en todo momento y así podremos demostrar a la Europa milenaria que tenemos una literatura nuestra, y, por tanto, que ya no llevamos plumas en la cabeza sino cabezas en nuestras plumas...!

.....

.....

Ahora, permitidme que sea un algo egoista. Voy a hablar de mí mismo. De la comedia que sube a escena...

«¡Siempre Caín!», desprovista de méritos literarios y profundos conocimientos escénicos, no es sino una buena intención del autor.

No encontraréis en ella un argumento que, al correr de las escenas, se anude y desenlace... No encontraréis, en ella, la unidad de acción que persigue el teatro moderno, ni el desenvolvimiento de una intriga determinada.

Diré más bien que es una exposición de hechos observados en la vida familiar. Tres etapas de un hogar, tres acontecimientos diversos que, aparentemente, no están ligados, pero que en el fondo tienen la correlación que les da la tesis presentada por el autor.

Conjunto de escenas, quizás amargas, las he observado en la propia realidad.

Trato de pintar la mentira del hogar, la casi absoluta incomprensión entre los miembros de una familia, el desconocimiento íntimo de los caracteres, la poca consistencia de la fraternidad; todo aquello que ocasiona, más tarde, el derrumbamiento del hogar.

El egoismo del Caín bíblico, perpetrado en la vida, que derrumba el edificio sagrado, que lo echa a tierra, al empuje de una racha de odio...

Hogar deshecho, nido que se despedaza, parvada que huye al desbande y hacia los cuatro vientos, tal es mi comedia...

—

Persigo la franqueza. Por tanto, ruego al público sea sincero en el juzgamiento que de la comedia haga. De la crítica y de los amigos aguardo otro tanto...

Perdonad la charla... Cedo la escena a los intérpretes que darán carne a los personajes.

Y, como el telón ha de levantarse, en un instante más, la obra es vuestra...

EDGARDO GARRIDO MERINO.

Ilusiones ópticas

(COMEDIA EN TRES ACTOS)

ACTO I

Sala de recibo amueblada con lujo. Una puerta en el foro de entrada común. A la derecha en primero y segundo término, balcones que dan sobre la calle. A la izquierda enfrente, dos puertas que dan sobre las habitaciones interiores.

ESCENA I

Doña Cándida, María Teresa y Julia Elena

(Entran por la puerta del foro de regreso de la calle).

Dibujo de Galli. *Berruti*

D. Cándida—(Sacándose el sombrero y teniéndolo en la mano)—Van ha quedar preciosos los vestidos, aunque son caritos, ¿eh? Pero no importa. La cuestión es que van a estar concluídos para el lunes y podremos asistir al baile de lo de Martínez. Ahora hay que abordarlo a Nicanor para que consiga el dinero para pagarlos, porque esas estúpidas de las modistas no los van a querer entregar si no le pagamos adelantado. (Sale por la puerta primer término izquierda).

María Teresa—(Sacándose el sombrero lo mismo que Julia Elena, colocándolos ambas sobre una silla). Ché, has visto ese joven que estaba parado en la esquina? ¿Qué elegante, no?

Julia Elena—Ayer a esta misma hora, estaba allí y cuando volvíamos con mamá de las tiendas, me miró con mucha insistencia.

María Teresa—Hoy me miró a mí casi sonriéndose...

Julia Elena—No, ché. A mí ha sido. Si yo me fijé bien.

María Teresa—¡Pero Julia Elena!... ¡Qué descaro!... Si clavó la vista en mis ojos.

Julia Elena (subiendo de tono)—No puede ser, señorita; yo que pasé precisamente junto a él como no lo voy a notar?

María Teresa—Te ha parecido, ché. Convéncete que ha sido a mí.

Julia Elena—¡A mí te digo!...

María Teresa—(Con rabia)—¿No seas pava, querés?

Julia Elena—Es que vos sos muy consentida, pero esta vez, ya veremos si salís con la tuya.

María Teresa—Lo veremos.

D. Cándida—(Vonviendo de adentro)—¿Ya están peleando? ¿A ver, qué sucede? Parecen chinitas de conventillo...

Julia Elena—¡Claro! Si no es para menos, mamá; fíjate que hay un joven...

María Teresa—Sí, ese que estaba parado en la esquina, me miró a mí...

Julia Elena—(Acalorada)—¿Déjame hablar, querés? ¡Oh!... Bueno, parece que me quiere festejar a mí y esta... dice que es a ella, cuando estoy segura, convencida que es a mí.

María Teresa—¿Segura? Já, já!... Segura... já, já!...

Julia Elena—La rabia te hace reir. Pava!

D. Cándida—Pero muchachas, hagan el favor, no sean ridículas... peleándose por un quien sabe quien será.

Julia Elena—No ha de ser tan quien sabe quien, porque tiene muy buena presencia, elegante, buen mozo. Tiene cara de ser muchacho de buena posición.

D. Cándida—Bueno, pero hijas no es el caso de estárselo disputando, cuando ninguna está segura de nada.

Julia Elena—Pero mamá, si a mí me miró.

María Teresa—Fué a mí. ¡Mentirosa!

Julia Elena—¡Seguí porfiando, caprichosa! Y va a suceder lo que pasó con aquel rubio de lentes que se abatató lo que las dos le llevábamos el apunte, y no apareció más.

ALEJANDRO BERRUTI.

Rosario de Santa Fe.

Agencia de "Ideas y Figuras" en Montevideo

"LA NUEVA INFANCIA" — Librería y papelería de Herminio Calabaza, Uruguay, 1066.

"Ideas y Figuras" Números 98 y 99 — — —
— Dedicados exclusivamente a Rosario

Puntos de venta:

José Días, Córdoba 1281. Pedro Sodano, Kiosco, Mercado Central. E. A. Larrazabal, Santa Fe, 1176. Tomás Baudracco, San Luis, 13. A. Magnani, Av. Pellegrini y Corrientes. Juan Pujol, San Luis, 1286. Isaac Rosell, Santa Fe, 1500. Luis Aceto, Sarmiento, 718. G. A. Toniolli, Av. Alberdi, 335. (Talleres).—ROSARIO.

Precio del ejemplar: 20 centavos.

OBRAS EN VENTA

EN LA ADMINISTRACIÓN DE "IDEAS Y FIGURAS"

LA CRUZ (Drama en 3 actos)	$ 1.00	m/n
SANGRE NUESTRA	» 2.00	»
ALBERTO GHIRALDO por Juan Mas y Pi	» 0.50	»
MARIA CLARA (Novela por Margarita Audoux	» 1.00	»
CRÓNICAS ARGENTINAS por Alberto Ghiraldo	» 1.00	»
ALMA GAUCHA (Drama en 3 actos y 6 cuadros) por Alberto Ghiraldo (2.ª edición)	» 0.50	»
LA COLUMNA DE FUEGO (Drama en 3 actos y 5 cuadros) por Alberto Ghiraldo	» 1.00	»

Envío libre de porte a cualquier punto de la República. Descuento a los libreros y Agentes de IDEAS Y FIGURAS. Pedidos a la administración le esta revista, calle VICTORIA, 1287, Buenos Aires.

Administración de IDEAS Y FIGURAS: VICTORIA, 1287 — Bs. Aires. Núm. suelto, 20 cts.

Imp. «ALSINA», Victoria, 1287.